

Un concierto el Concertone VI

Foto: Benny Batista



Fabián Robles, Paulo Sztot, Ana María Martínez, Joseph Calleja y el maestro Maximiano Valdés, en el Concertone VI, efectuado en la Sala Sinfónica del Centro de Bellas Artes de Santurce.

MARIO ALEGRE BARRIOS
Especial para Flash & Cultura

Reseñar y emitir un juicio crítico de un concierto como el más reciente presentado por CulturArte de Puerto Rico puede ser un ejercicio exento de dificultades precisamente por sus cualidades, virtudes a veces inmensas que evitan el camino siempre aciago de señalar falencias sin herir susceptibilidades.

El problema surge cuando se intenta utilizar con justicia esos adjetivos superlativos tan desgastados y abaratados por su uso irrestricto en cuanto espectáculo se da, sobre todo cuando el artista es local y —desde la afectuosa subjetividad— conocedores y diletantes expresan con frenesí y sin razón que lo presenciado es “maravilloso”, “espectacular”, “grandioso”, “histórico” o “sensacional”, gracias a la democracia tan propia de la modernidad en medios y redes sociales.

Un problema así —la dificultad de encontrar adjetivos con poco desgaste— se enfrenta con la sexta edición del Concertone —nada menos que un concierto— que desde el 2012 Guillermo Martínez presenta como parte ya habitual de las temporadas anuales de CulturArte de Puerto Rico, uno de los instrumentos con el que este melómano comparte su pasión por la música en una sala de conciertos como quien antes invitaba a unos amigos a escuchar un programa en la sala de su casa, con varios elepés y un repertorio nacido totalmente de sus afectos.

Mis excusas si utilizo —sin otra alter-

CulturArte de Puerto Rico conjuga una vez más voces magistrales y un repertorio exquisito

nativa— alguno de esos adjetivos grandilocuentes antes aludidos, pero así nos ha dejado el abuso de esas palabras que deberían estar reservadas a cosas excelsas como la del Concertone VI, donde el talento de quienes ofrecen su arte nos maravilla, nos deja sin aliento y, por momentos, nos hace respirar por la emoción.

La noche prometía, con el tenor maltés Joseph Calleja —quien desde 1999 está vinculado a CulturArte como ganador en Puerto Rico del premio homónimo en la edición de ese año de Operalia, la competencia internacional creada por Plácido Domingo— la soprano puertorriqueña Ana María Martínez —triunfadora en el MET de Nueva York y con una gran carrera internacional en las principales salas del mundo— y el barítono brasileño Paulo Sztot —también cantante habitual del MET neoyorquino y quien debutase con CulturArte hace tres años—, el acompañamiento de la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico —bajo la batuta del maestro Maximiano Valdés— un coro preparado por Jo-Anne Herrero, la regiduría de escena de Gilberto Valenzuela y un programa con dos ejes principales —escenas de “Madama Butterfly”, de Giacomo Puccini, y “Carmen”, de Georges Bi-

zet— y algunas otras arias y melodías de musicales de Broadway.

Y la noche cumplió de manera excelsa (perdón por el adjetivo, pero si yo fuese de jurar —que no lo soy— juraría que así fue).

Para empezar el programa, Calleja —como “Pinkerton”— y Sztot —como “Sharpless”— no perdieron el tiempo para ofrecer una muestra de sus inmensos y más que probados quilates al interpretar con unas voces espectaculares, en gran forma, con aplomo e histrionismo —del primer acto de “Madama Butterfly”— las arias “E soffitto, e paretti”, “A chiacchieri coste”, “E suda e arrempica!”, “America forever”, “Ier l’altro, il Consolato sen’venne a visitar!” y “Ancora un paso or vía”, con el apoyo diáfano del tenor boricua Fabián Robles, como “Goro”.

A renglón seguido, Ana María Martínez, nos dejó escuchar su tan característica y educada voz en la hermosísima aria “Un bel di, vedremo”, como la Cio-Cio San con la que triunfó en el MET y que también ha cantado en nuestros escenarios. Con una tesitura que ciertamente ha madurado, la soprano sigue siendo una consumada intérprete, con un legato sin excesos y siempre elocuente, así como con unos agudos muy hermosos y sin la estridencia de quienes consideran equivocadamente que volumen es rasgo de excelencia.

Luego de esta deliciosa “Butterfly”, Sztot regresó al escenario para lucirse en el “Prólogo” de “Pagliacci”, la célebre ópera de Ruggiero Leoncavallo, en la que el cantante

brasileño mostró en solitario la potencia de una voz extraordinaria, muy educada y enmarcada por una obvia comodidad y regocijo interpretativos, sin florituras melifluas y sabedor de lo que debe ir detrás de cada frase, perfectamente articulado y una proyección que le ganó varias ovaciones de un público mixto, integrado por las personas habituales en estos programas, que saben comportarse, y otro tipo de seres que, al reconocer una melodía que les es familiar, comienzan a tararear o —peor aun— a cantar en voz baja lo que el artista interpreta en el escenario.

La primera parte del repertorio terminó con en el mismo tono exultante, con las arias “Io son l’umile Ancella”, de la “Adriana Lecouvreur”, de Francisco Cilea, con Ana María Martínez; “Amor Ti vieta”, de “Fedora”, de Umberto Giordano, con Calleja; y el dueto “Eravate Possente... Ora Soave”, del segundo acto de “Andrea Chenier”, también de Giordano, con Calleja y Martínez.

Luego del intermedio —y antes de varias escenas de “Carmen”— Ana María cantó con gran timbre y belleza “If I Love You”, del musical “Carrusel”, de Richard Rodgers, y —con un Calleja ejemplar— la archiconocida “Tonight”, de “West Side Story”, del maestro Leonard Bernstein, mientras Sztot entregaba una hermosísima versión de “Stars”, de “Les Misérables”, de Michel Schönberg.

El resto de la segunda parte fue dedicada a varias escenas de “Carmen”, con personajes que —como el caso también de “Madama Butterfly”, parecen venirles como “anillo al dedo” a los tres cantantes de este Concertone VI: Ana María —una gitana demoniaca y a la vez sensible— Calleja —un “Don José” obnubilado hasta la locura por el mal de amores causado por “Carmen”— y Sztot —el torero “Escamillo” que se interpone entre ambos y que, al ganar el amor de la mujer, eventualmente convierte a “Don José” en un asesino.

Extraordinarios los tres —he sido comedido con los adjetivos, creo— con unas ovaciones finales merecidísimas, luego de una propina por cabeza —Sztot: “Amor, vida de mi vida”, de la zarzuela “Maravilla”, de Federico Moreno Torroba; Ana María: “Carceleras”, de “Las hijas de Zebedeo”, de Ruperto Chapi; y Calleja: “No puede ser”, de “La tabernera del puerto”, de Pablo Sorozábal, y finalizar con los tres en una pirotécnica versión de “Libiamo...”, de “La Traviata”, de Giuseppe Verdi.

Los acompañamientos del coro preparado por la maestra Herrero y de la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico —bajo la batuta del maestro Valdés— fueron estupendos, aunque por momentos el entusiasmo —y el volumen— parecieron hacer olvidar a la orquesta estaba en el escenario, detrás de los cantantes, y no en un foso operístico.

En pocas palabras, —repito— un concierto, el Concertone VI de CulturArte.